

# Los desafíos con los que se encuentra la cultura, la memoria y los procesos de descolonización

**Irma Velásquez Nimatuj**  
**(Mecanismo de los Pueblos Indígenas Oxlajuj Tzikin)**

Para este evento deseo compartir con ustedes algunos de mis cuestionamientos que han surgido en el contexto de la post pandemia, que es el momento que estamos viviendo y en el que parece que vamos a quedarnos un tiempo, dada las secuelas que el covid-19 ha dejado en los países con mayorías pobres e indígenas. Así que este trabajo lo he denominado “Desafíos de la cultura y la memoria ante los procesos de descolonización”. Empiezo, primero, argumentando que estamos viviendo en América Latina una lucha, entre las elites y los sectores que resisten, por controlar que quedará plasmado en la memoria social. Esta pelea se refleja en varias arenas, una de ellas es la crisis que enfrentan las ciencias sociales que están tratando de ser desmanteladas desde diversos frentes buscando acabar con los supuestos “nidos de izquierdistas”. Y segundo, como de manera simultánea se modifican algunas políticas estatales para mantener la continuidad de algunas políticas multiculturales que usan algunos derechos culturales, incluyendo el uso de conceptos, como una moneda de cambio frente a las demandas de las poblaciones indígenas, negras o pobres.

En este escenario ¿cómo podemos acompañar las demandas sociales? ¿estamos en capacidad de contribuir a las comunidades rurales, a sectores que viven en las ciudades o en barrios en donde vivimos, cuándo

estamos inmersos en el macro nivel en donde se mantiene la lucha por mantener la hegemonía cultural?

En ese contexto cuál es el límite del pensamiento comprometido y crítico, entendido como un esfuerzo de largo aliento para acercarnos a realidades complejas para intentar comprender y aportar a los desafíos que enfrentan las poblaciones que son nuestras mismas poblaciones de origen, pero que siguen enfrentando los efectos heredados de la larga colonización.

En esta intervención, intentaré referirme a algunos desafíos a los que, como investigadores e investigadoras, nos enfrentamos. Y aunque no pretendo dar recetas, sí me gustaría compartir algunos cuestionamientos que han emergido en estos tiempos de sobrevivencia. La pregunta que me guía es sencilla ¿cómo podemos ser útiles a colectivos que luchan en medio de la pos-pandemia? Siendo esta una etapa que ha acelerado una crisis política de la que no salimos, en donde somos testigos de cómo los sectores tradicionales degradan a los pueblos y sus culturas en momentos en que las políticas multiculturales agonizan, y donde el capitalismo extractivista, a través del capital trasnacional, se fortalece por la insaciable explotación de los bienes naturales, que está arrasando con comunidades completas para monetizar lo extraído, pero también para gobernar, controlar y mantener a colectivos de personas enganchados en engranajes donde solo obtienen migajas a cambio de quedarse con los recursos del suelo y subsuelo.

Por un lado, pareciera que la etapa de la covid y de la post covid nos está impidiendo conocer, de primera mano, las desigualdades que se han venido ensanchando mientras transitamos esta pandemia mundial, por el otro lado, ¿hasta dónde esto es realmente así? o hasta donde no es necesario viajar para documentar cómo, frente a nuestros ojos, la crisis humanitaria en la que estamos sumidos no hace sino ensanchar las brechas de las opresiones pre-existentes. Afectando las vidas que están a nuestro alrededor.

A esta crisis que ha sido instaurada en nuestros territorios, por los efectos de la post covid, hay que sumar una serie de desastres naturales que han ocurrido en diferentes espacios. Voy a mencionar algunos, en Centroamérica, en medio de la covid nos enfrentamos con Eta, un huracán de categoría cuatro, que golpeó la región cuando tocó tierra en Nicaragua en noviembre del 2020 y continuó con fuerza como depresión tropical en El Salvador, Honduras y Guatemala. Dos semanas después, llegó el huracán Jota de categoría cinco. Y volvió a enseñarse con la misma región. Ambos, Eta y Jota, dejaron una pérdida de vidas humanas por donde pasaron, además, destrucción de sembradíos, producción de alimentos, muerte de animales y de lo que estaba a su paso, dejando áreas casi inhabitadas, al golpear la frágil infraestructura de ciudades y comunidades. Las aterradoras fotografías o videos muestran que estamos sucumbiendo ante el poder de la naturaleza. El recuento son miles de desaparecidos, evacuados y comunidades que perdieron todo en menos de tres semanas. O sea, desastres naturales y la covid llegaron de la mano a Centroamérica.

Ambos huracanes, Eta y Jota, nos mostrarán los efectos devastadores del cambio climático en regiones como Centroamérica que, por su orografía, décadas atrás no era afectada por huracanes, pero ante la intensidad de la deforestación, el avance de la frontera urbana, la siembra de miles de hectáreas de cultivos depredadores como la palma africana, la caña de azúcar, la soya o las industrias extractivas, instaladas en estas regiones, están dejando devastación por la extracción desmedida de los recursos que obtienen de las montañas, valles, ríos y océanos. Esto está provocando constantes derrumbes de cerros, deslaves en áreas montañosas y extensas inundaciones, que están dejando comunidades soterradas o desaparecidas. Estos fenómenos son el resultado del modelo de desarrollo que ha sido impuesto. Modelo económico que se vende en las universidades y en el discurso de las elites políticas como el único, ya sea por gobiernos de izquierda o de derecha. Este sistema de vida

está generando y provocando el surgimiento de pueblos fantasmas y el fortalecimiento de imparables olas migratorias hacia los Estados Unidos de niños, adolescentes, mujeres y familias que, año con año aumentan. Adriana Guzmán, pensadora del pueblo Aymara, de Bolivia, ha insistido en que la academia de escritorio hace que los profesionales no abramos nuestras ventanas para mirar lo que está pasando frente a nuestros ojos. Y permítanme preguntar ¿Cómo hacemos para que nosotros, que nos asumimos académicos, profesores, investigadores y activistas, no cerremos nuestras ventanas frente a estas trampas del sistema en el que también estamos inmersos? en parte, a veces somos cómplices, porque estamos viviendo una etapa que también es represiva y busca el encarcelamiento de la memoria, del pensamiento crítico y de las acciones irruptoras, y ante esto, preferimos callar. Parece que no es fácil liberarnos. Y es que, desde nuestros espacios, nos solidarizamos con las regiones que caen en desastres, escribimos sobre las poblaciones que son afectadas por tragedias, gestionamos apoyos, acompañamos luchas y todo esto es importante, ¿pero será que estamos leyendo la realidad desde las ventanas de nuestros hermanos, de nuestras hermanas de abajo? ¿Y entendemos la tragedia porque cuando ellas y ellos se mueven, cuando migran, terminan nuevamente al servicio del sistema que abandonarían? Ahora ya no en nuestros territorios, sino en ese otro territorio, persiguiendo ese sueño platónico que obliga a migrar.

Lo trágico no es el peligro que vemos en la vida de los otros, sino, como dijo el escritor Allan Poe, “lo que, en verdad, debe asustarnos es la consecuencia última del terror que estamos construyendo” también, desde la academia, siendo nosotros parte de esto. ¿Sí nosotros, con nuestro silencio o nuestras acciones somos cómplices, aunque con menor cuota de poder ¿qué herramienta tenemos como investigadores, como investigadoras para documentar y para documentarnos? ¿O hasta donde las metodologías que aprendimos, que hemos ido usando ya no son funcionales en épocas de crisis de salud, de desastres naturales y de

autoritarismos políticos? Cómo dice Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz 1992, en “este tiempo, que es un tiempo sin tiempo mismo” cómo quienes poseemos algunos privilegios apoyamos a tratar de armar la memoria que en estos momentos está desperdigada. Ese desafío es parte de los procesos de descolonización. Por eso, no sé si estamos teniendo la capacidad de documentar el rápido y sagaz desplazamiento de un lado a otro de la opresión de clase, por ejemplo, que está dividiendo a casi todas las comunidades del Primer y el Tercer Mundo entre quienes controlan todo y quienes se quedan sin nada. Del racismo estructural que sigue fortaleciéndose en el marco de la historia viva, en las instituciones en las que trabajamos o representamos. No sé, si en esta etapa de la postpandemia, estamos pudiendo documentar el robo de la indignación que estamos experimentando como clases trabajadoras, migrantes o desempleados que solo priorizan satisfacer la necesidad de comer y sostener a sus familias.

En medio de este contexto ¿Cómo evitamos que la academia de escritorio, a la que nos arrinconó durante poco más de dos años la pandemia del covid, no nos robe la posibilidad de indignación frente al mundo que sigue girando a nuestro alrededor y que, a veces con cierta arrogancia terminamos convirtiéndola y explicándola a través de categorías, conceptos o discusiones bizarras en espacios academicistas, a la vez que no estamos documentando los efectos complejos de esta pandemia, que manejada por pequeñas elites, no hacemos sino reducir la realidad a categorías teóricas?

En medio de esta pandemia me pregunto ¿Con qué lentes estamos viendo lo que pasa frente a nuestros ojos? Al abrir la puerta de nuestros hogares, que están siendo destruidos por nuestros actos de consumo. ¿Cómo es que hemos ido quedando casi desarticulados y estamos al servicio de este plan macabro, que está bien estructurado, a través del sistema económico, tecnológico, financiero, cultural, racial e ideológico que nos domina, que decide directa e indirectamente qué debemos o

que no podemos hacer en este escenario actual? como acompañantes ¿cómo podemos leer las denuncias de quienes no denuncian, sino que respaldan el sistema? ¿Será que fuera de este sistema no podemos vivir, ni nosotros, ni nuestras familias que deciden quedarse y no subirse a las olas migratorias que estamos viviendo? En el fondo, ¿podríamos nosotros, en esta etapa que es tan incierta, tener la capacidad de ver con otros ojos los distintos hechos opresivos que están ocurriendo de manera simultánea?

A lo interno del sistema, el impacto de las opresiones ya casi no está marcando hondas diferencias entre el Tercer y el Primer Mundo, lo cierto es que el sistema económico y racial que prevalece ha tenido la habilidad de enfrentarnos a lo interno, de fragmentarnos, como lo ha escrito el académico Maya-K'iche', Rigoberto Quemé Chay, por eso, nos cuesta leer más allá de las categorías académicas. A eso Adriana Guzmán denomina “la academia inútil”. Y es que cuando las y los hermanos plantean que existe una academia inútil es porque están exigiendo que la realidad desde la que trabajamos no se reduzca a una burbuja, a nuestra burbuja, sino que produzca conocimiento que, en medio de esa etapa oscura, por la que transitamos, pueda tener ese conocimiento, alguna utilidad.

No se trata, entonces, de quemar lo que existe, de cerrar las instituciones o de condenar a los académicos, sino que nuestro trabajo, en medio de esta crisis mundial, pueda intentar convertirse en un trabajo útil. En donde la vida, la energía, el conocimiento, la creatividad, la memoria le sirvan a los pueblos, a nuestros pueblos, a nuestros hermanos indígenas, campesinos, rurales, urbanos, a las comunidades y organizaciones para que ellos y ellas decidan cómo usarlos, si es que lo consideran útil.

En efecto, creo que, frente a la masificación de la información, que cada vez está más accesible, la academia va a ir dejando de tener utilidad, si no se enfoca en producir conocimiento útil para los pueblos. Las críticas en las comunidades son que la academia no avanza y cuestionan: “¿En dónde están los economistas de las prestigiosas universidades?

¿Por qué no han creado otro sistema alternativo al capitalismo, que se sostiene en la producción y el consumo masivos, que es una de las fuentes de nuestras tragedias ambientales? ¿Por qué los juristas no han sido capaces de reducir los altos niveles de impunidad que persiste en América Latina? ¿Dónde están los politicólogos que no han podido desenmarañar las profundas causas de la corrupción que impide la realización de una efectiva gobernanza?”.

En este marco, Luz María de la Torre, pensadora Quichua, al analizar la migración de campesinos y poblaciones indígenas plantea que migrar permite no solo escapar de los estados que carecen de una adecuada gobernanza y que, además, desprecian a sus poblaciones por ser indígenas, por sus formas culturales, por pobres o ambas. Agregando que los indígenas que migran no quieren privilegios inmediatos, pero sí un ejercicio de poder que les permita espacios de deliberación para quienes han dejado los espacios territoriales que les oprimían y terminan constituyéndose en comerciantes, maestros o intelectuales orgánicos lejos de sus territorios, cuya voz usada estratégicamente es clave en los procesos de liberación del conocimiento y para buscar descolonizarse de la imposición del sistema único. Por eso, es necesario hacer que ese pensamiento regrese al lugar de donde salió y se ponga al servicio de los pueblos que, cada vez, son más transnacionales porque han sabido vencer las fronteras. Visto así, la descolonización no es una lucha nueva. Quizá lo novedoso son las formas en que se disputan hoy los espacios y reconocer que en medio del ahogo del sistema existen sectores que aún no han sucumbido a la hegemonía ideológica y material del actual marco económico.

O sea, pareciera que en estos momentos el reto es crear las condiciones mínimas para seguir produciendo conocimientos propios, interpretaciones y memorias como herramientas de resistencia. Otro espacio clave son los espacios de análisis y reflexión familiar, comunitarios y colectivos que los pueblos logren sostener con dentro o fuera de sus

territorios, con sus propios recursos, sin intervenciones, ya sea en el Sur en donde nacieron o en el Sur del Norte en donde los coloca el sistema al migrar al Norte. Y eso no será fácil, porque, como dice el académico Maya, Demetrio Cojti, los pueblos indígenas han sido capaces de crear ya un cuerpo de profesionales, académicos e intelectuales que están conscientes de su condición y de su responsabilidad histórica frente a sus pueblos. Pero ellos y ellas no están ajenos a enfrentar la frustración de prepararse y formarse, y al final de no poder generar espacios de vida dignos y de trabajo dentro de sus propios países, porque las élites tienen cooptados la mayoría de los espacios en la academia y les niegan hasta las migajas, quedando frente a una nueva forma de vivir los efectos de la colonialidad.

Frente a este contexto, que es complejo, la ruptura del pacto colonial implica reconocer los múltiples orígenes que se niegan, que no se reconocen ni en nuestros países ni fuera de ellos. Y pareciera que un dilema es ¿cómo las poblaciones, a las que se les ha arrebatado la dignidad al negarles trabajo, educación, vivienda, derechos, justicia, entre otros, pueden regenerar el orgullo de sus propios integrantes? Y cómo ese orgullo identitario se convierta en una herramienta política de resistencia, que permita conectar los espacios a donde han llegado con los espacios que dejaron. Pero, eso pasa por pensar en construir un futuro fuera de las ciudades de concreto y metal en las que estamos atrapados ¿Cómo, entonces, emprendemos luchas, en esta época de la postpandemia, sabiendo que la unidad no existe? Aunque quizá la búsqueda de la armonía y el equilibrio colectivo sea un posible horizonte que permita romper la hegemonía que a muchos de nosotros nos lleva de un lugar a otro.

Finalmente, frente a las fuerzas conservadoras que están unidas y que gobiernan las regiones de los territorios en donde vivimos, que las asumen aún como sus colonias, la lucha por la liberación, por la descolonización, debe sobrepasar fronteras. Hoy las luchas las estamos sintiendo como sin fronteras, por eso, toca un camino difícil dentro de la

academia crítica que está siendo desmantelada por el poder conservador, sin embargo, el desafío es magno dentro de los pueblos, dentro de quienes tienen memoria y saberes, por eso, juntos habrá que tejer un camino de alianzas, en donde no se trata de confiar totalmente, pero sí de avanzar con esperanza de mantener un proceso liberalizador dentro de estados que siguen siendo profundamente colonizadores. El reto es apoyar en abrir puertas para que dentro de las poblaciones emerjan las y los intelectuales que nos den luces para seguir viviendo en resistencia, en esta etapa de destrucción profunda.